

estado moral y físico que no era poca.

Como en el orden moral dominaran en el individuo estas corrientes, naturalmente se deduce que influían en lo físico, de aquí que corrieran parejas la robustez moral con la física, mejorando la facultad intelectual, consecuencia legítima de la dignidad que respiraba, de sus costumbres, de su modo de ser, bien distinto por cierto del de hoy día.

Los hechos ó las cosas, sucedían también por bien distinta manera que hoy, y ¿como no había de ser así, si el hombre sentía y obraba distintamente? . . . fuerza era que así fuese. Por eso se veían costumbres patriarcales que daban un carácter, un modo de ser á la vida interna y externa de los pueblos, un sello especial que hoy envidiamos. La *vida* que diríamos, era otra vida, y como los hombres eran diferentes y los hechos otros hechos, de aquí que las *cosas* fueran también diferentes. Necesariamente había de ser así, pues dominaban otras costumbres, y se respiraba un ambiente, una atmósfera completamente diferente.

No descenderemos en detalles porque nos haríamos interminables.

En cambio demos una ojeada á hoy día, y veremos nomás que decepciones, todo lo contrario de los tiempos pasados. El cuadro que se presenta á nuestra vista es aterrador. Vese al hombre achiquido física y moralmente. Raquíptico, mequetrefe, sin conciencia, sin carácter; insustancial, nada serio, desordenado, poco formal, rastrero y pusilánime, no tiene miras elevadas y por poca cosa se le cae el ánimo. Aún no ha vislumbrado los azares de la vida, se muere de espanto y se da por perdido. La perversidad, la corrupción de costumbres, le ha inducido á un estado de insensatez y desvarío deplorables, y pobreza de espíritu. Fuerte cosa es, pero es lo cierto y hay que confesarlo. Como en el orden moral sufra golpe de muerte,

en el físico no sufre menos. Faltándole la vida moral, le falta la vida física, de aquí que decaiga visiblemente su espíritu. Consecuencia legítima de la decepción moral.

Una fase se presenta por cierto á todo esto bien original. A la falta de fuerza moral y física sigue la falta de fuerza intelectual. ¿Quién puede negar que existe y domina hoy en el individuo este estado enfermizo, este temperamento febril, linfático, nervioso y raquíptico, y que todo esto influye poderosamente al cerebro. Por eso véese en muchos la monomanía del saber, hasta llegar á ser insolentes en todo, porque no se piensa, no quieren pensar como ellos. ¡Preocupación manifiesta! . . .

Antes y siempre, y en todos tiempos, ha brillado el *oro*, pero esos irreflexivos chiflados, pretenden que brille la *hoja de lata*, y esto no es tan fácil. ¡Seres raquípticos y degenerados, envanecidos sin ningún motivo ni causa, y llenos de preocupaciones!

Así está la sociedad de hoy, la entitesis de la sociedad de ayer. De la falta de moral por base sigue la degradación de costumbres, y de ello la decadencia física y moral del individuo y por lo tanto la postración, el atrofiamiento de los sentidos y de las facultades mentales. Por eso véese á tanto decrepito parlachín insustancial y degenerado, murmurador, é insolente, y muchas veces flojo de cerebro, raquíptico, enfático, pretensioso y afeminado, que pretende ponerse por delante de todo y saberlo todo.

No prosigamos. . . Este es el mal de la época y á la vista está de todos para averiguarlo.

Lo hemos dicho ya. La moral por base, engendra, hace, forma hombres serios, decentes, dignos, sensatos, inteligentes, robustos probos y honrados. La decadencia moral, . . . ruindades, miserias, raquíptismo, pasiones bajas, liviandades, espíritus caídos é inteligencias menguadas.

Esta es la sociedad de hoy, tal vez en justo castigo de su prevericación y desvarío.

FRANCISCO VERDAGUER.